



Movimiento de Jóvenes de la calle

**13 calle 2-41 zona 1
telefax22327425, tel. 22519237,
mojoca@itelgua.com;
administración mojoca1@itelgua.com;
www.amistrada.net**

ENCUENTRO EN AMELIA – CASA DEL SOLE 3 DE OCTUBRE DEL 2007

El objetivo de una red de apoyo por la plena aplicación de los acuerdos de paz es sin duda noble y si se pudiese realizar sería un gran progreso para el pueblo de nuestro país. Pero pensamos que este objetivo no será fácilmente realizable y que ahora, a más de diez años de la firma de los Acuerdos de Paz, la situación ha cambiado y que hay prioridades nuevas que enfrentar. Lamentablemente, en un período de diez años muy poco se ha realizado y en 1999 se efectuó un referéndum para aprobar la implementación de leyes de aplicación de los Acuerdos; la mayoría de los Guatemaltecos que participaron votaron en contra.

Ahora es todavía más difícil que hace diez años realizar los acuerdos de paz. Las elecciones de septiembre pasado han demostrado otra vez que la derecha y la extrema derecha dominan la escena política de Guatemala. Sólo dos candidatos hablaron de los acuerdos de paz, el del MAIZ, Miguel Ángel Sandoval, pedía el respeto de los acuerdos de paz y obtuvo solo el 2.1 % de los votos y Pablo Monsanto de Alianza Nueva Nación, que obtuvo el 0.6%, mientras Otto Pérez Molina del Partido Patriota que tuvo 23.6% de los votos promete cancelar lo poco que fue obtenido. Los acuerdos de paz ya están lejanos, muchos Guatemaltecos ni siquiera saben que existen y pensamos que no constituyen un objetivo que pueda movilizar a muchas Guatemaltecas y Guatemaltecos.

La situación social y política de Guatemala y del Mundo ha cambiado mucho con el desarrollo de la globalización neoliberal, con la aprobación por los países de Centro América del tratado de libre comercio con los Estados Unidos. Nosotras y nosotros del Movimiento de Jóvenes de la Calle pensamos que actualmente hay tres problemas sociales emergentes extremadamente graves: la explotación de los recursos naturales de las comunidades indígenas por parte de compañías mineras e hidroeléctricas transnacionales y nacionales sin el permiso de los pobladores, contradiciendo el convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT); la privatización de los servicios públicos como salud y educación previstos por el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos; el problema de la exclusión social de los jóvenes en la sociedad mundial globalizada. Nosotras vamos a hablar de este problema porque somos un movimiento de jóvenes y pensamos que sobre este objetivo se podría construir una red mundial de apoyo mutuo. Es un problema que afecta no solo Guatemala sino también El Salvador y Honduras y todos los países de América Latina y de otros continentes.

Aún si representamos a una asociación de jóvenes de la calle, queremos hacer un análisis más amplio hablando también de los jóvenes de las clases populares de nuestro país y de nuestro continente. Las niñas, los niños y los jóvenes de la calle, personas a las cuales son negados todos los derechos humanos, comenzando por el derecho a vivir, son la metáfora de la sociedad mundial de hoy, en la era de la globalización neoliberal, donde triunfa el derecho de la fuerza brutal del mercado y de la ganancia. En esta dictadura mundial del dinero, los derechos de las personas y de los pueblos son sistemáticamente aplastados. Ya antes de las guerras contra Yugoslavia, Afganistán e Irak, había comenzado la tercera guerra mundial, la más cruel de todos los tiempos, una guerra económica conducida con ingentes robos, rapiñas, expropiaciones de los recursos de infinitas masas de personas, de países enteros y continentes. Minorías siempre más feroces de ricos que se vuelven cada vez más ricos con la miseria creciente de las masas populares, de categorías sociales como la de los jóvenes y de continentes enteros.

Para darnos cuenta de eso basta conocer la situación de los jóvenes en Guatemala. Según el estudio “Trabajo Decente y Juventud en América Latina y el Caribe”, elaborado por la OIT, tres de cada diez Guatemaltecos entre 15 y 24 años no estudian ni trabajan. La cifra supera el millón de jóvenes, casi una décima parte de la población de 13 millones. El 58% de los jóvenes está desempleado, porcentaje que aumenta al 72% para las mujeres. La situación está aún peor en Honduras y, en medida diferente caracteriza a todos los países latinoamericanos. En todo el mundo la globalización golpea sobre todo a los jóvenes, en modo particular a los jóvenes de las clases populares, a las muchachas y muchachos que viven en una condición de extrema pobreza.

En la capital de Guatemala casi un millón de personas viven en asentamientos, o favelas como se dice en Brasil, construidas en su mayoría en barrancos. Son lugares míseros donde faltan los servicios esenciales como el agua, los desagües, las escuelas. Lugares de exclusión social. Es para huir esos lugares de miseria y aburrimiento que numerosas muchachas y muchachos eligen de vivir en la calle.

En todo el mundo, la reacción de los jóvenes a la marginación, exclusión social, privación de los derechos humanos es la creación de grupos o pandillas. Las “maras”, como llaman esas pandillas en América Central, son parecidas a las bandas juveniles de los barrios populares de los países occidentales, cuya función principal es la de dar una solución a los problemas de marginación, de falta de status o de identidad de los jóvenes en la sociedad contemporánea. La función prioritaria de los grupos durante la adolescencia es la de crear una alternativa simbólica al mundo dominado por los adultos, de satisfacer la necesidad de autonomía y de paridad continuamente frustradas en la vida cotidiana, de dar a los jóvenes confianza en sí mismos por el simple hecho de ser aceptados por los otros miembros del grupo, de compensar la carencia de afecto y de comprensión en la familia. La supervivencia de estos grupos en un mundo hostil depende de la solidaridad de sus miembros, del respeto a normas que no sienten como arbitrarias sino como medios necesarios para conseguir sus objetivos, de la adopción de valores y comportamientos antitéticos a los de la sociedad. Cuanto más marginal o « desviado » es un grupo, más rígida debe ser su organización y la observación de las normas que la fundan.

Esas maras, que responden a menudo a la violencia de la sociedad contra los jóvenes con una contra violencia, existen en Guatemala hace mucho tiempo. Pero en los años

noventa se volvieron mejor organizadas y respondieron con más violencia a la exclusión social, cuando casi doscientos mil personas fueron deportados de los Estados Unidos y repatriados a su país de origen. Muchos de los jóvenes mandados con la fuerza violenta a Guatemala, Honduras y El Salvador, hacían parte de las pandillas o gangs que se organizaron en los años setentas y ochentas en los barrios populares de Los Ángeles para defender a los jóvenes migrantes centroamericanos contra las pandillas de otras regiones. Esos gangs, los Salvatruchas y la Dieciocho se hacían la guerra. Así fueron exportadas a Centro América, pandillas formadas según el modelo norteamericano, la guerra entre pandillas y la transnacionalización de esas pandillas. En pocos años los Salvatruchas y la 18 lograron de dominar las maras preexistentes y a tomar el control de todo el territorio.

Maras y grupos de jóvenes de la calle son distintas reacciones de los jóvenes de las clases marginadas de las ciudades a la violencia que sufren. Las estimaciones del número de mareros en América Central varían entre los 100,000 y 350,000. Los medios de comunicación de masas de las clases dominantes les atribuyen la responsabilidad de todos los males de la sociedad, de la violencia, de la inseguridad pública. Es cierto que muchos jóvenes son violentos, cometen extorsiones, rapiñas y homicidios. Muchas veces en colaboración con policías, narcotraficantes o partidos de derecha.

La opinión pública y las fuerzas de seguridad no hacen la distinción entre maras y grupos de jóvenes de la calle, mientras que su cultura, su organización y sus funciones son bien diferentes. El grupo de calle tiene funciones parecidas a la de la familia: responder a las necesidades básicas como la alimentación, la salud, la protección y la educación. Los grupos de la calle tienen una organización de tipo anárquico, sin jefes reconocidos y sin jerarquías “aquí” - dicen a menudo las muchachas y muchachos de los grupos de la calle - “cada uno se manda a sí mismo”. Ellos no buscan la autonomía respecto a los adultos porque ya son independientes y rompieron los lazos de sumisión con la familia y las instituciones sociales. No buscan una identidad porque ya la tienen: son muchachas y muchachos de la calle, no dan un nombre a su grupo, el nombre del grupo es simplemente el del lugar donde viven: grupo de La Bolívar, grupo del Parque Concordia, del Parque Central, etc. No tienen un tatuaje específico del grupo. Los grupos de la calle no están en guerra con la sociedad.

A pesar de eso, la política de los gobiernos centroamericanos hacia los grupos de jóvenes de la calle y las maras es casi sólo represiva. No intentan luchar contra las causas de la exclusión social que están en el origen de los grupos de la calle y de las maras, no intentan ofrecer una educación decente y un trabajo digno a las y los jóvenes de las clases oprimidas, no intentan redistribuir la riqueza del país entre todos sus habitantes. Los gobiernos defienden sólo los intereses de las clases dominantes y de las multinacionales que saquean la riqueza del país.

La represión contra los jóvenes no respeta las leyes. Hay muchos encarcelamientos arbitrarios, violencia indiscriminada, los jóvenes son arrestados por la forma de vestir, por un tatuaje o por llevar el pelo largo. En Guatemala y otros países de América Central ser joven de las clases marginadas es un delito, como en Nicaragua en el tiempo de la dictadura de Somoza.

La represión contra los jóvenes de los grupos de la calle y de las pandillas asume el carácter inquietante de las ejecuciones extrajudiciales. Tan sólo en la capital de

Guatemala, cada día cerca de quince jóvenes son asesinados. En los últimos años el número de esos asesinatos ha aumentado no sólo en Guatemala sino también en El Salvador y Honduras. La Procuraduría de los Derechos Humanos y varias organizaciones de derechos humanos documentaron que se está haciendo una limpieza social, es decir, la eliminación física de personas, sobre todo jóvenes varones de las clases populares considerados “delincuentes”. Las muchachas y muchachos de la calle llaman a esos asesinos “sicarios”. Su modo de vestir, los carros que utilizan, las armas de grueso calibre que usan para cometer crímenes, son índices de participación de policías y militares en esta limpieza social. Es difícil probar que también mandos de las fuerzas de seguridad o del gobierno están involucrados en esas organizaciones. Pero es difícil creer que los jefes de las comisarías no estén enterados de que patrullas bajo su mando rodean, golpean brutalmente, cargan en sus vehículos a muchachas y muchachos de la calle y los tiran en el campo a cien kilómetros de la ciudad.

Frente a tantas violaciones de los derechos humanos, a tanta violencia contra los jóvenes, a tanta desesperación y contra violencia de los jóvenes, ¿qué podemos hacer?

1. Nosotros en el Mojoca hacemos con nuestra población de la calle un trabajo de concientización y de auto organización para que puedan defender sus derechos y participar en la construcción de una sociedad justa y fraternal. Es un trabajo difícil pero indispensable porque sólo las y los jóvenes se pueden liberar a sí mismos. Jóvenes de la calle y pandilleros son hijotas e hijos del pueblo. Si se logra de concienciar a ellos de modo que orienten su justa rebeldía, su inteligencia, su capacidad de organizarse, podrían volverse los protagonistas un cambio radical de la sociedad.

2. Un cambio radical de sociedad no se puede realizar en un solo país, es necesario formar a nivel mundial una red de las asociaciones juveniles autogestionadas porque el fenómeno de la exclusión social de los jóvenes en la era de la globalización neoliberal es universal y todos los países, también europeos, conocerán la rebelión de las pandillas de los jóvenes marginados. Los salvatruchas y los mareros de la 18 que trabajan a nivel transnacional en América Central y en los Estados Unidos nos enseñan que los jóvenes tienen la capacidad de organizarse a nivel mundial para eliminar la opresión mundial de las multinacionales. Nosotros soñamos con una organización mundial al servicio de la vida y no de la muerte.

3. Es necesario tener relaciones con las organizaciones populares nacionales e internacionales y hacer presión sobre los gobiernos para cambiar la política hacia las y los jóvenes. A las organizaciones juveniles europeas pedimos hacer presión sobre sus gobiernos y parlamentarios para que condicionen la ayuda de la Unión Europea y de cada país a las naciones centroamericanas al respeto de los derechos de todas las y los jóvenes.

Mojoca, septiembre 2007